



EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

04 de Octubre de 2026

Nº 42

Rebautismo o Fanatismo (p.2)



**El Vestido de la
Reforma (I) - E. G. White**
(p. 14)

**Un pedacito de
cielo en la Tierra**
(p.17)

REBAUTISMO O FANATISMO

Del bautismo de Juan al de Jesús

Por: John García

La lectura bíblica la encontramos en Romanos 10, versículos 2 y 3: «Porque yo les doy testimonio que tienen celo de Dios, mas no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios» (Romanos 10:2-3). Vamos a tratar de estudiar un poquito acerca del tema que hemos preparado, que se llama «Rebautismo o fanatismo», un tema que es muy importante. Queremos estudiar básicamente lo que sería el bautismo de Juan y el bautismo de Jesús, o el rebautismo, a la luz de la Biblia. Son varios textos los que vamos a estudiar, como seis o siete textos bíblicos que nos hablan un poco de estas cosas y que nos van a ayudar a entender esto.

Juan el Bautista y el bautismo de arrepentimiento

El primero es Mateo, capítulo 3, versículos 8 al 9, donde comienza la historia de Juan el Bautista, que se conoce como el precursor de Jesucristo. ¿Y qué nos dice? Vamos a leer desde el versículo 1: «Y en aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea» (Mateo 3:1). O sea, en aquellos días en los que hubo varias señales de la venida de Jesús, del nacimiento del

Mesías, en esos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea. Aquí Mateo nos pone el contexto.

¿Y cuál es el contenido del mensaje de Juan? Versículo 2: «Arrepentíos, que el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 3:2). Y comienza a explicar quién era Juan. Dice que Juan era un profeta, una voz profetizada por Isaías. En el versículo 4 nos dice que Juan vestía de pelos de camello, con un cinto de cuero, y que solo comía langostas y miel, o algarrobo. Algarrobo es la langosta que se menciona aquí; es lo que se conoce como algarrobo, que tiene forma de langosta. Y miel. Esa era su comida.

Jerusalén, dice el versículo 5, salía a él. Salían de la ciudad al desierto a escuchar la predicación de Juan. Y, interesante, aquí está el punto clave, el versículo 6: «Y eran bautizados de él en el Jordán, confesando sus pecados» (Mateo 3:6). ¿Qué significa que fueron bautizados? Sumergidos. Sumergidos en agua. Eso es lo que significa la palabra «bautizar». Era un rito que consistía en sumergirlos en agua. Y en ese rito, o como preparación para ese rito, ellos confesaban sus pecados.

Porque lo que significaba el rito en aquel entonces, y también ahora, cuando somos sumergidos en agua, es que somos sepultados, que estamos muriendo. Y al salir

del agua es como una resurrección.

Volvemos, pero a una nueva vida, a una vida distinta de la que teníamos antes.

Entonces, por eso dice que ellos eran bautizados, y como preparación para el bautismo confesaban sus pecados. O mejor dicho, el bautismo también es una confesión de pecados. ¿Por qué? Porque el bautismo significaba y significa que esa vida que tenías antes era una vida que estaba llena de pecado. Si tú no habías pecado, si tú no habías cometido nada malo, tú no necesitabas bautizarte. Por eso es que el bautismo también significaba y significa confesión de pecado.

«Generación de víboras»:

¿qué es un fanático?

¿Por qué hago esta aclaratoria? Porque en el versículo siguiente, el versículo 7, dice lo siguiente: «Y viendo él muchos de los fariseos y de los saduceos, que venían a su bautismo, decíales: Generación de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que vendrá?» (Mateo 3:7).

¿A quiénes dirigió estas palabras? A los fariseos y saduceos. ¿Y quiénes son este grupo de gente? Estas personas eran los que, en la nación de los judíos, donde vino Jesús, se presentaban como los más santos, como los mejores. Los saduceos se suponía que eran los que se ocupaban de escribir. Eran muchos los que escribían la Biblia, porque en aquel tiempo no había fotocopadoras, no había impresoras, y lo hacían todo a mano. Entonces hacían bastantes copias de la Biblia a mano. Eran los escribas. Y también estaban los fariseos, que era otro sector que se

separaba, que buscaba no contaminarse con nada para no estar en pecado. Sin embargo, Juan les dice que eran como una serpiente, que eran una generación de víboras.

¿Por qué? Porque dice aquí: ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? «Haced pues frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros: a Abraham tenemos por padre: porque yo os digo, que puede Dios despertar hijos a Abraham aun de estas piedras» (Mateo 3:8-9). ¿Qué está ocurriendo aquí? Bueno, aquí, con este grupo de personas, encontramos el otro tema que estamos mencionando, que es el fanatismo.

Los saduceos, los fariseos y los escribas eran un sector fanático dentro del movimiento judío. Eran fanáticos. ¿Y qué significa la palabra «fanático»? Los fanáticos son los que llevan lo que sea que tienen al extremo. Por ejemplo, muy conocidos son los fanáticos del fútbol, cómo llevan su pasión por el fútbol; por eso se les dice que son fanáticos del fútbol. Muchas veces hasta se caen a golpes, ¿no? Entran en disputas, en peleas físicas. Sobre todo he visto algunos vídeos de Inglaterra donde son tan fanáticos que destrozan estadios y hacen un montón de cosas. Entonces, llevan su pasión por el fútbol a un punto ya destructivo, a un punto irracional, a un punto dañino. Eso es lo que se diría que es un fanático.

En el contexto religioso no es muy diferente. En el contexto religioso, un fanático es el que lleva la fe en Cristo a unos extremos, desde el punto de vista, irracionales, dañinos y destructivos.

Frutos dignos de arrepentimiento

Entonces, fíjense, Juan les señala esto.

Fíjense que les dice que son víboras, o sea, serpientes. ¿Y la serpiente es un símbolo de quién? De Satanás. Segundo, les dice que deben hacer frutos de arrepentimiento.

¿Qué significa frutos de arrepentimiento?

Dar testimonio, ¿no? Que tienen que tener hechos, hechos reales que muestren que son de ese árbol que dicen ser.

O sea, si yo tengo un árbol que da algún fruto, el árbol se conoce por la fruta. Uno puede decir: «No, esta planta, o esta mata, o este árbol es de mango». Pero hasta que no produzca el mango y uno pruebe el mango, uno no dice: «Sí, es de mango de verdad». Entonces, en el caso del cristiano, ¿cuál es la verdadera evidencia de que es cristiano? Que vive una vida conforme a Cristo, o que está siguiendo los pasos de Cristo, o que se esfuerza en seguir los pasos de Cristo y en cumplir los mandamientos de Cristo. Si no, entonces se podría decir lo mismo: es una serpiente, es una víbora, es un fanático; dice, pero no cumple.

La crítica: el fanático y los publicanos

Y aquí viene el punto interesante. Yo tengo aquí varios episodios. No los vamos a leer todos, para no hacer tan larga la reflexión, pero, por ejemplo, vamos a ir aquí mismo, en Mateo, en el capítulo 9, y vamos a encontrar una experiencia donde los fariseos y los saduceos estaban también con ese tema. Fíjense, por ejemplo, en el versículo 11, una característica de estos fanáticos fariseos. Mateo 9:11: «Y viendo esto los fariseos, dijeron a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?» (Mateo 9:11). ¿Qué estaban viendo los fariseos para decir estas palabras? Bueno, que Mateo había sido un publicano. «Publicano» significa un cobrador de impuestos, pero que cobraba impuestos para los romanos; o sea, era un traidor a la patria, por así decirlo. Y él invita a Jesús a una comida con sus amigos de esa profesión, que eran publicanos. Y cuando los fariseos lo ven, hacen algo que es una señal del fanático: la crítica. Viendo esto,



dijeron: «¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos?».

Lo segundo: ¿qué es lo que ellos no hacían?

¿Qué es lo que ellos veían que no debía hacerse? Según los fariseos, Jesús no debía comer con los publicanos, porque ellos eran unos traidores; no merecían ni que Jesús los bendijese. Entonces Jesús les responde:

«Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos» (Mateo 9:12). Miren lo práctico que enseña Jesús.

¿Qué está diciendo Jesús? Bueno, ustedes son fariseos, ustedes creen que están bien; entonces ustedes están sanos, ¿verdad?

Entonces ustedes no necesitan al médico.

¿Quién es el médico? Cristo. ¿Y a qué vino el médico? A curar. Si yo he venido a curar y tú ya estás sano, tú no necesitas de mí.

Entonces voy a buscar al que está enfermo.

¿Por qué me criticas por buscar al que está enfermo? Entonces, esa es una de las cosas que vemos aquí en el fanatismo: la crítica por la forma en la que Jesús llevaba la predicación del evangelio, buscando salvar a los pecadores, porque ellos pensaban que si se sentaban a comer con un pecador ya se contaminaban. Imagínense eso.

Tradiciones que quebrantan el mandamiento: el corbán

Otra situación, otra conducta extremista, en Mateo mismo, pero en el capítulo 15, donde Jesús los señala a ellos por haber inventado una tradición que contradice los mandamientos de Dios. ¿Qué tradición? Bueno, comienzan los fariseos de igual forma. En el versículo 1 de Mateo 15 se llegan a Jesús ciertos escribas y fariseos. Ya

no están criticando a Jesús directamente, sino a sus discípulos. Versículo 2: «¿Por qué tus discípulos traspasan la tradición de los ancianos? porque no se lavan las manos cuando comen pan» (Mateo 15:2).

O sea, ¿por qué tienen que lavarse? Y es lavarse bien; es un lavado ritual que tenían que hacer. Entonces Jesús no les responde eso, sino que los acusa directamente. Les dice: «¿Por qué también vosotros traspasáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?» (Mateo 15:3). O sea, el fanático tiene un pensamiento que también es destructivo, en el sentido de que exalta más sus propias tradiciones que los mandamientos de Dios.

¿Qué era lo que estaba sucediendo con los fariseos en ese momento? ¿Qué tradición estaban practicando que quebrantaba el mandamiento? Bueno, para no leer todo, que es largo —pero se lo dejo a ustedes para que lo investiguen con calma—: ellos habían inventado una tradición que se llamaba «corbán». Y la tradición consistía en que, si tú tenías una herencia, una casa, una propiedad, una siembra, y tenías un provecho de ello, tú podías dedicar esa siembra al templo, como una ofrenda. Tú decías: «No, esa casa, esa propiedad, esa siembra la doy de ofrenda al templo». Como era una ofrenda, tú no le podías dar a tu padre y a tu madre esa ganancia. Tú sí podrías comer de esa ganancia, porque tú fuiste quien dio la ofrenda, pero no podías darles a tus padres, porque estaba consagrado al templo. Entonces, por esa tradición que habían inventado —porque eso no está en la Biblia, eso lo inventaron

ellos —, el hijo se libraba de la obligación de ayudar a su padre y a su madre.

Es decir, quebrantaba el quinto mandamiento. ¿Y qué dice el quinto mandamiento? «Honra a tu padre y a tu madre» (Éxodo 20:12). Y cuando dice «honra», no se refería solamente a que haga una reverencia; la palabra «honra» es ayuda económica. Pero ellos se saltan ese mandamiento si tú lo consagraste. Entonces, si un hijo era egoísta y decía: «Yo no quiero ayudar a mis padres, yo me quiero quedar con todo el dinero, ¿cómo hago?». Bueno, ofrécelo como corbán. Tú lo ofreces, puedes seguir viviendo de eso mientras estés vivo, y cuando te mueras esa propiedad pasa a la iglesia; y así ni les das a tus padres y tú lo disfrutas. Esa era la tradición que se habían inventado.

Entonces, pasa mucho con los que viven un cristianismo fanático, en el sentido de que se inventan tradiciones que terminan quebrantando los mandamientos de Dios. Realmente, lo único que el Señor nos exige son los mandamientos. Lo demás que se añade, o que vaya en contra, es una tradición totalmente dañina.

El fariseo y el publicano: el que menosprecia

Y fíjense en una última cosita de lo que serían las actitudes del fanático. En Lucas, capítulo 18, versículos 9 y 10, el evangelista claramente señala una actitud que tenían los fariseos. Dice Lucas 18: «Y dijo también a unos que confiaban de sí» ¿como qué? «como justos», ¿no? «y menospreciaban a los otros, esta parábola: Dos hombres

subieron al templo a orar: el uno fariseo, el otro publicano. El fariseo, en pie, oraba consigo de esta manera: Dios, te doy gracias, que no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. Mas el publicano estando lejos no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí pecador. Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado» (Lucas 18:9-14).

Entonces, aquí Jesús presenta una parábola de dos que van a orar. Los dos son creyentes, los dos van a la misma iglesia, van a orar a la misma iglesia, pero uno era fariseo y el otro era publicano. El publicano, ya dijimos quién era: el que cobraba los impuestos. Él sabía que estaba en pecado, y confesaba su pecado, y se sentía mal, y oraba a Dios para que lo perdonase. El otro no. El otro le daba gracias a Dios porque no era como los demás.

Pero dice Jesús que el fariseo no fue justificado, y el publicano sí, porque el fariseo estaba orgulloso; porque dice aquí que el que se ensalza será humillado. Era un fanático, era orgulloso. Y al principio de la parábola Lucas ya nos da la conclusión, porque Lucas dice lo siguiente —ya lo leímos, pero vamos a leerlo de nuevo en el versículo 9—: «Y dijo también a unos que confiaban de sí como justos, y menospreciaban a los otros» (Lucas 18:9).

Entonces, ¿qué es lo que hace el fariseo, el fanático, el que se cree santo y justo? ¿Qué es lo que pasa con esa persona? ¿Qué conducta asume? Menospreciar.

Menosprecia al otro. Y fíjense que la palabra «menospreciar» significa lo que significa. Si nosotros desmenuzamos la palabra «menospreciar», ¿qué significa? Literalmente, preciar menos; o sea, colocarle un valor menor que el que yo tengo. Yo creo que tengo un valor, me creo justo, y al otro le pongo un precio menor, un valor menor: es menor que yo, yo soy mejor, soy más santo.

La ley del amor al prójimo

Y eso se traduce en una conducta, en una forma de trato, porque si yo menosprecio a alguien, lo trato mal. Lo desprecio, lo menosprecio, no me interesa, y al final estoy violando el espíritu de la ley. Porque, okay, la ley son diez mandamientos, ya lo hemos visto, pero ¿cuál es el espíritu de esos diez mandamientos? El amor. ¿El amor a quién? A Dios y al prójimo como a uno mismo. Entonces, si yo menosprecio al prójimo, estoy violando esos mandamientos que hablan con relación al prójimo.

Entonces, ahí está el problema del fariseo, y de cualquiera, si nosotros llevamos un cristianismo de ese estilo farisaico. ¿Cuál es el problema? El problema es que no cumplimos la ley del amor al prójimo. Al final, el cristianismo no es otra cosa que eso. No es otra cosa. Y Cristo lo demostró. Cristo dijo: yo amo a mi Padre; y mostró que nos amaba a nosotros aun siendo enemigos. Lo dice Pablo, ¿no? Cuando éramos enemigos, dio su vida por nosotros.

Pero esa teología, ese concepto teológico, debe traducirse en cómo yo debo ser. También yo debo amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo. Amar al prójimo como si fuese yo, como si fuese un hijo mío. Debo amar al prójimo. Indudablemente, la palabra de Jesús deja un límite, que lo hablamos también cuando hablamos del matrimonio, ¿verdad? Yo amo a mi pareja, o amo a mi prójimo, pero sin dejar de amarme a mí mismo. O sea, en el momento en que ese amor implique que yo no me ame a mí mismo, ya tampoco estoy cumpliendo el mandamiento. Pero debo amarlo, sí, como a mí mismo. No debo menospreciarlo. Y para no menospreciarlo, para no tenerlo en poco, yo debo saber, según la Escritura, la verdad.

«¿Somos mejores?»: la raíz del racismo

Primero, ¿cuál era el gran error que tenían estos fariseos, estos saduceos? Ellos creían que eran justos. Es más, según vimos en la parte de Juan, ellos creían que eran justos por haber nacido como hijos ¿de quién? De Abraham. Porque Dios le hizo una promesa a Abraham: te bendeciré a ti y a tu descendencia. Entonces ellos interpretaron que cuando decía «descendencia» se refería a todos los hijos de Abraham, a los hijos carnales que tuviesen en la genética el ADN de Abraham. Entonces ellos decían: «Somos hijos de Abraham, ya estamos salvos. Y los demás, que no son hijos, los que ellos llaman los gentiles, están perdidos».

Esa era su interpretación, pero eso no es lo que significa realmente, porque Pablo luego explica que su descendencia se refiere a Cristo. Cuando dice que la bendición va para Abraham y su simiente, eso se refería a Cristo, e incluye a todos los que son cristianos. Pero bueno, ellos pensaban así, y por eso era su conducta. Entonces, si nosotros en algún sentido tenemos esa idea o esa ideología, se va a traducir en lo mismo.

Miren, esa es la raíz del racismo. La raíz del racismo es pensar que una raza es superior a otra. Esa es la esencia del racismo. Yo me creo mejor porque soy de esta raza, soy de esta nacionalidad, soy de este lugar, o soy mejor porque tengo una profesión, un título que tú no tienes, o, bueno, tantas cosas que se han inventado donde la gente se hace parte de un grupo, en el punto religioso. Y nosotros, que estamos aquí ahora mismo escuchando la palabra, estudiando la

palabra, sí porque estamos aquí nos creemos mejores que los que no están aquí, ya estamos en ese problema; ya nos estamos convirtiendo en fariseos. El apóstol Pablo les preguntó a los judíos acerca de los gentiles que no eran creyentes. Les preguntó: «¿Somos mejores que ellos?» (Romanos 3:9). Porque esa era la conducta, el pensamiento: somos mejores, nosotros somos mejores.

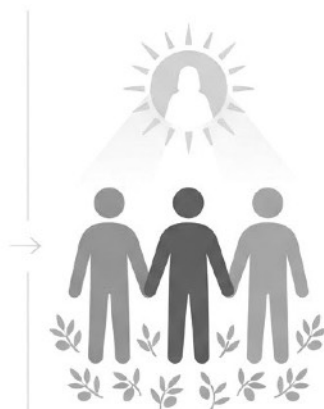
Separados de Cristo, nada podemos hacer. Si yo les preguntara a ustedes: ¿somos nosotros mejores que los que están afuera, que los que no son creyentes? ¿Somos mejores? ¿Somos mejores que el asesino? ¿Seguro que sí, o no? No somos mejores que un asesino o que un violador. ¿Somos mejores o no? Seguro que no. ¿No creemos que en algún sentido somos mejores? Si lo creemos, ahí estamos errando, porque al final dice la Escritura que todos estamos bajo pecado. O sea, si hay algo bueno que



SUPERIORITY



SEPARADOS DE CRISTO



UNIDOS EN CRISTO

podamos hacer nosotros, es porque Cristo lo hace en nosotros; no es por nosotros mismos.

En otras palabras, si en algún momento nosotros le damos la espalda a Cristo, saldrá a relucir lo que somos realmente: que somos pecadores. O sea, el pecado está aquí, en la carne, como le dijo Dios a Caín justo antes de que matara a su hermano: el pecado está a la puerta deseando dominarte. Y así tenemos nosotros el pecado en nuestra carne, deseando dominarnos. Deseando dominarnos.

En el momento en que nosotros flaqueemos y nos apartemos de Cristo por un segundo, el pecado toma el dominio de nosotros, y nos convertiremos, aunque no lo parezcamos, en endemoniados. Endemoniados, porque hacemos cosas locas. Y después nos preguntamos: «Pero ¿por qué yo hice esto?». Bueno, porque te apartaste un momento. Jesús mismo también lo dijo: «Sin mí nada podéis hacer» (Juan 15:5).

Entonces, en el momento en que nos separemos de Cristo, caeremos en las cosas locas. Pero las cosas malas no es que vengan de afuera; no es que «mira, es que lo convencieron». No, no. También Jesús dijo de dónde vienen las cosas malas: del corazón, como ya se comentó anoche, pero que se refiere a la mente, porque «del corazón salen los malos pensamientos» (Mateo 15:19). O sea, que todas las cosas malas ya las tenemos aquí, y están deseando salir a dominarnos. Y la única forma de que no nos dominen es que nosotros estemos entonces en Cristo. En Cristo.

El bautismo en Espíritu Santo y fuego

Ahora bien, justamente el estar en Cristo comienza con el sello, ¿no? El sello de que yo decido vivir en Cristo es el bautismo. Por eso es que los que venían a Juan confesaban sus pecados y eran bautizados, porque ellos querían comenzar una nueva vida.

Pero resulta que, si seguimos estudiando la Biblia, el mismo Juan — vamos otra vez a Juan, en el mismo Mateo que leímos — dijo que su bautismo era solamente el primer paso. En el capítulo 3, en el versículo 9, leímos donde él dijo: no penséis decir dentro de vosotros: mi padre es Abraham, porque Dios puede despertar hijos de Abraham de las piedras. Bueno, justamente en el versículo 11, que está dos versículos después... En el versículo 10 él hace una advertencia: Dios tenía la segur puesta a la raíz, y el árbol que no da fruto lo va a cortar.

Luego, en el 11, él señala que, además de lo que él estaba haciendo, todavía había un paso más. Él dice: «Yo a la verdad os bautizo» ¿en qué? «en agua para arrepentimiento; mas el que viene tras mí, más poderoso es que yo; los zapatos del cual yo no soy digno de llevar» (Mateo 3:11). ¿De quién habla? Está hablando de Cristo, del Mesías. Y luego dice: «él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego» (Mateo 3:11).

Fíjense que ahora él habla de otro bautismo. Él habla de un segundo bautismo, porque el primer bautismo es el bautismo de Juan, y él mismo lo define: yo bautizo en agua para

arrepentimiento. O sea, mi bautismo es señal de que ustedes están arrepentidos. Pero aún hay un bautismo más, que es para ustedes... dice aquí: os bautizará en Espíritu Santo y fuego. ¿Por qué?

Arrepentirse no basta: el ejemplo del fumador

Porque esto va con lo mismo que estamos mencionando. No es suficiente con que yo me arrepienta, porque yo puedo arrepentirme de mis pecados. Yo puedo entender que he hecho lo malo, y estar convencido de que hice algo malo, y confesar públicamente que he hecho algo malo. Pero, según ya hemos explicado, según los versículos de la Biblia que hemos citado, si yo no tengo a Cristo, si yo estoy solo, sin Cristo, ¿qué puedo hacer?

O sea, si alguien confiesa su pecado, pero aunque confiesa su pecado no decide vivir en Cristo, aunque reconoce su pecado, ¿qué va a pasar con esa persona? Volverá a pecar. Aunque intelectualmente reconozca que eso es malo, como no tiene otro poder, volverá a pecar.

Yo siempre, cuando hablo de esto, pongo un ejemplo. Hay gente que va al médico; qué sé yo, tiene un problema de pulmón, de la respiración, etcétera. Y el médico le dice: «Mira, tu problema es porque estás fumando. No puedes seguir fumando, porque te vas a causar algo peor». Y él está convencido; el médico lo ha convencido de que fumar es malo. Y sale de la cita médica, y ¿qué hace después? ¿Qué creen ustedes que hace? Fuma. Sigue fumando, aunque está convencido de que eso es malo y de

que eso le va a acarrear algún problema, o hasta un cáncer.

¿Por qué? Porque no es suficiente que yo reconozca o que yo tenga el entendimiento de lo malo, sino que ahora además necesito que me liberen de eso, porque eso que yo he hecho se ha convertido en un hábito. Mi papá, por ejemplo, según nos contó, comenzó a fumar a los 12 años y dejó de fumar a los 70, porque le dijeron que tenía un problema de pulmón. Pero aunque dejó de fumar a los 70 años, todo lo que había hecho ya fue irreparable, y al final murió de eso, de una complicación pulmonar debido a todo eso. Entonces es cuando dice Juan que necesitamos no solamente el bautismo de arrepentimiento, sino el bautismo de Espíritu Santo y fuego.

Los discípulos de Éfeso: Hechos 19

Y eso se cumple en Hechos, capítulo 19. En Hechos 19 tenemos el mejor ejemplo de esto que dice Juan. ¿Por qué? Porque vemos a unas personas con las que se encuentra el apóstol Pablo. Hechos 19, el versículo 1, dice que Pablo estaba predicando, estaba en una ciudad que se llamaba Corinto, y de Corinto llegó a Éfeso. Se fue a Éfeso y encontró, dice, ciertos discípulos. Es decir, eran creyentes, eran discípulos, eran seguidores, porque «discípulos» significa que seguían. Pero ¿discípulos de quién? Bueno, ahora vamos a ver, porque en el versículo 2 Pablo, cuando los encuentra, les hace una pregunta clave: «¿Habéis recibido el Espíritu Santo después que creísteis?» (Hechos 19:2). ¿Ustedes tienen el Espíritu Santo? Eso fue lo que les preguntó. ¿Qué fue lo que Pablo vio en ellos para

preguntarles eso? Mi pregunta está mal hecha. No es lo que Pablo vio, es lo que Pablo no vio. ¿Qué fue lo que Pablo no vio, qué faltaba en ellos, para hacerles esta pregunta? La ausencia de los dones.

Cuando viene el Espíritu Santo en Pentecostés, ¿qué ocurrió con los que estaban allí? Cada uno lo recibió y empezaron a hablar en lenguas, ¿no? Otros empezaron a profetizar. Él encuentra gente que dice: «Somos discípulos», pero no les encuentra ningún don. Entonces les pregunta si recibieron el Espíritu Santo. Y miren lo que responden. El versículo 2, al final, dice: «Antes ni aun hemos oído si hay Espíritu Santo» (Hechos 19:2). ¿Qué significa? No sabían. No sabían ni siquiera que existía el

Espíritu Santo.

Exacto. Entonces les pregunta Pablo: si no saben eso, ¿en qué fueron bautizados? ¿En qué pues sois bautizados? Y ellos dijeron: En el bautismo de Juan» (Hechos 19:3). ¿Por qué les pregunta Pablo eso? Porque él sabía que si hubiesen sido bautizados como Jesús mandó —Jesús dijo: bautizándolos «en el nombre del Padre, y del Hijo, y

del Espíritu Santo» (Mateo 28:19)—, al menos en el bautismo habrían oído del Espíritu Santo. Pero ellos dicen: ni hemos oído. Entonces, ¿en qué se bautizaron? Porque no fue en el bautismo de Jesús.

El bautismo de Jesús: un bautismo de fe

Entonces, bueno, se dieron cuenta de que fue en el de Juan. O sea, ellos habían recibido el bautismo de Juan, de arrepentimiento, pero les faltaba el bautismo del Espíritu Santo, que es el bautismo de Cristo. Entonces Pablo les explica: «Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en el que había de venir después de él, es a saber, en Jesús el Cristo» (Hechos 19:4).

A partir de aquí les explica quién es Jesús, quién es el Espíritu Santo o qué es el Espíritu Santo; les explica lo que es la conversión, lo que es la fe, y que el bautismo de Jesús es un bautismo de fe. Porque tenían un bautismo de arrepentimiento; les faltaba el bautismo de fe: conocer quién era Jesús, quién era la persona de Jesús, cuál era la naturaleza de Jesús, qué era el Espíritu Santo o quién era el Espíritu Santo, y así estar preparados para recibirlo.

Entonces, cuando les explica todo eso, dice el versículo 5: «Oído que hubieron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús» (Hechos 19:5). O sea, de nuevo fueron bautizados, pero esta vez dice que fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús; es decir, en el bautismo de Jesús. ¿Cuál es el bautismo



de Jesús? El que Jesús mandó en Mateo 28. O sea, que fueron bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Conocieron quién era Jesús, el Hijo, y quién era el Espíritu Santo. «Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban» (Hechos 19:6). Vean: ahora sí se manifestaron en ellos los dones que no se habían manifestado en el bautismo anterior. Entonces ellos caminan, dan el segundo paso. Habían dado el primer paso: habían dejado a un lado el fanatismo de los fariseos, de los saduceos, habían aceptado el bautismo de Juan, pero aún no era completo. Les hacía falta el otro, el bautismo del Espíritu Santo, la presencia.

La presencia de Cristo: el Consolador

Porque el bautismo del Espíritu Santo es el cumplimiento de la promesa que hace Jesús: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). Jesús hizo esa promesa: yo estoy con vosotros. Pero ¿cómo puede ser eso, si Jesús está en el santuario? ¿Cómo puede estar él con nosotros, si está en el cielo? Ah, porque él nos da su Espíritu Santo, que es su presencia.

Y su presencia, entonces, está con nosotros, como él se lo prometió a los discípulos. Él les dijo: «No os dejaré huérfanos» (Juan 14:18). Estaré con vosotros. Porque les había prometido: «os dará otro Consolador» (Juan 14:16). Ustedes lo conocen, porque ha estado con vosotros, pero estará dentro de vosotros. Entonces así les explica Jesús que su presencia, que es el Espíritu Santo,

estaría dándole a la iglesia presencia, poder y liberación. Y es la única forma de poder vencer.

La vid, los pámpanos y la savia

En la parábola que ustedes han escuchado: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador» (Juan 15:1). Uno debería preguntarse en esa parábola: ¿dónde está el Padre? ¿Dónde está el Hijo? ¿Y dónde está el Espíritu Santo? ¿Y dónde estamos nosotros en esa parábola? En esa parábola Jesús dice que él es la vid, ¿sí o no? Y que su Padre es el labrador. O sea, que el Padre es el que siembra o labra, y que él es la vid. Nosotros, en esa parábola, ¿qué somos? ¿Los frutos? No, nosotros no somos los frutos. ¿Qué somos en la parábola? Somos la rama. Somos la rama, y en la rama es donde sale el fruto; tenemos que dar fruto. Entonces nosotros somos la rama, somos los pámpanos. La pregunta sigue en pie: ¿y dónde está el Espíritu Santo? En esa parábola, ¿dónde está representado el Espíritu Santo? Porque ya vimos que el Padre es el labrador; Jesús es la planta, la vid; nosotros somos el pámpano, la rama que se injerta allí en la vid, que es Cristo. Y si estamos allí en la vid, damos fruto. Porque es cuando él dice: «Estad en mí, y yo en vosotros» (Juan 15:4). Si yo permanezco en vosotros, daréis fruto. ¿Qué es lo que el pámpano recibe de la vid para dar fruto? ¿Alguna vez han visto algo de eso? Yo sé que aquí ninguno somos agricultores, pero alguna idea tenemos, de cuando vimos biología en el bachillerato, en la escuela. ¿Qué es lo que recibe la rama del tronco principal para dar fruto? Nutrientes.

Los nutrientes de la tierra. Pero ¿cómo se llaman esos nutrientes que recibe de la tierra? Bachillerato, escuela... ¿Cómo se llaman? A ver, yo sé que lo saben, pero no se acuerdan. La savia, ¿sí o no?

¿Qué es la savia? La savia son esos nutrientes que vienen de la tierra, que la planta convierte en un líquido, y que se transmiten a la rama, y luego eso se convierte en el fruto. Ahora, buena pregunta de nuevo: entonces, ¿qué es la savia en esa parábola, donde el Padre es el labrador, donde la planta es Jesucristo, donde las ramas somos nosotros? ¿Qué es la savia? El Espíritu Santo es la savia.

Y fíjense que el Espíritu Santo, en esa parábola, es parte misma de la planta, porque el Espíritu Santo es parte del mismo Cristo, porque es el Espíritu de Cristo, y es lo que nosotros necesitamos para dar fruto. Y por eso es que necesitamos el bautismo de Jesús, porque eso es lo que nos da el paso final para recibir el Espíritu Santo.

Conclusión

Entonces, ¿quiere decir esto que prácticamente todos los que hemos sido bautizados, sea en la denominación que sea, fuimos bautizados en el bautismo de Juan? Porque estábamos convencidos de que hay un Dios, pero ¿hemos recibido el verdadero bautismo, que es el de Jesús? Porque inclusive nosotros, por ejemplo, los que venimos de la Iglesia Adventista, podríamos decir exactamente lo mismo que dijeron aquellos discípulos. No sabíamos lo que era el Espíritu Santo, y no conocíamos de verdad al verdadero Jesús. Porque el Jesús que nos presentaron no era un Jesús

completamente humano, con carne de pecado; no era un Jesús literalmente Hijo de Dios, porque eso es lo que se dice, ¿no?, que es Hijo simbólicamente, pero no literal. Entonces, no conocíamos de verdad a Jesús, y tampoco conocíamos lo que era el Espíritu Santo.

Entonces, con toda certeza, nosotros estábamos en la misma condición. Es más, fíjense, para profundizar en ese punto: el bautismo de Juan era un bautismo de arrepentimiento, porque el énfasis de Juan era la ley. Y cuando conocimos el mensaje adventista, ¿qué es lo que se nos enfatizó bastante? La ley, el sábado; y muy poco, casi nada, Cristo y su justicia. Entonces, con toda propiedad, el bautismo que recibimos en la iglesia de donde veníamos fue el bautismo de Juan, y por eso necesitamos el bautismo de Jesús.

Y alguien podría preguntar: ¿por qué Dios no le dio a Jesús ojos azules? Muy probablemente porque el Hijo de Dios nació en este mundo como judío. Los judíos son parecidos a los árabes, porque son orientales todos, ¿no? Entonces, claro, no tienen los rasgos europeos, que son los que tienen ojos azules y eso. Así que muy probablemente Jesús se parecía a nosotros, que también tenemos esos rasgos muy orientales.

Que Dios nos ayude a no vivir una vida de hipocresía, una vida de fanatismo, sino una vida en Cristo; a no tener solo un bautismo de arrepentimiento, sino también un bautismo de fe, y a recibir su Espíritu, esa savia que necesitamos para producir el fruto del carácter de Cristo. Que Dios nos bendiga.

ELENA DE WHITE

EL VESTIDO DE LA REFORMA (I)

The Health Reformer, 1 de Mayo de 1872

Sabemos que, al hablar y escribir sobre el tema del vestido de la mujer, tenemos que remontar la corriente de la costumbre.

Es manifiesto que la mayoría de las mujeres no piensan ni obran en lo tocante al vestido guiadas por la razón y la reflexión. Aceptan, sin discutirlo, lo que la sociedad y la moda les imponen. Pocas tienen el valor moral de llevar un vestido contrario a la moda, aunque sea modesto y saludable. Mujeres cristianas, con irreflexiva indiferencia, fomentan con su ejemplo un modo de vestir que no solo es extravagante, sino destructor de la salud y aun de la vida misma. Ceden en los principios, sacrifican la salud y se inclinan sumisas ante el decreto de la voluble moda, como si fuera un crimen afirmar su independencia vistiéndose conforme a las leyes fisiológicas. Se necesitan con urgencia mentes prácticas, independientes y razonadoras que encabecen la obra de la reforma del vestido. Se requieren mujeres de fortaleza cristiana y de una independencia decorosa que animen a otras a romper con la esclavitud y la opresión de la moda.

No puede gozarse de salud donde no hay una circulación uniforme de la sangre; por lo tanto, la ropa debe disponerse sobre el cuerpo de tal manera que la sangre no encuentre obstáculo en su curso desde el corazón y los pulmones hasta las

extremidades. Pero ¿qué hay en el vestido de la reforma que pueda ofender el pudor de la mente más delicada y sensible?

Sostenemos que los miembros de la mujer no deben ir expuestos, sino vestidos con sensatez, pulcritud y comodidad. ¿Es esto inmodesto? Muchas dicen que no tienen objeción alguna al largo del vestido, pero que jamás podrían ponerse los pantalones. No se sonrojan al presenciar la exposición de los miembros casi desnudos; pero los miembros bien cubiertos con pantalones abrigados ofenden su pudor. Semejante oposición a los pantalones, que son positivamente modestos y que protegen los miembros de la exposición y del frío, debería apoyarse en alguna razón sensata. Muchas dicen: «¡Oh, los pantalones se ven tan raros! Todo el mundo se queda mirando, y las mujeres se dan codazos unas a otras y ponen caras tan cómicas, y algunas se ríen abiertamente». ¡De peso son, por cierto, estas razones! No está dentro de lo posible idear nada tan deformante e incómodo como la joroba que la moda coloca sobre la espalda de las mujeres. Esto, y las sobrefaldas recogidas, abullonadas y llenas de volantes, carecen de gusto y de belleza. Pero estas cosas se toleran porque están de moda. ¿Cómo podrían, con razón, estas esclavas de modas tan horrendas reírse de cualquier manera de vestir que vieran?

Nuestra obra será, por la gracia de Dios, conservar la sencillez en el vestir y mantenernos con independencia moral, desafiando las modas que no tienen consideración alguna por la belleza natural ni por las leyes físicas. Bien dice Home and Health [Hogar y Salud]:

«Aunque nunca he deseado ser excéntrica ni llevar lo que está absolutamente proscrito, en mi retiro he podido vestir de manera más recogida, con menos volantes y faralaes, menos tacón y menos cola que aquellas a quienes la moda (Circe como es) embriaga por completo.

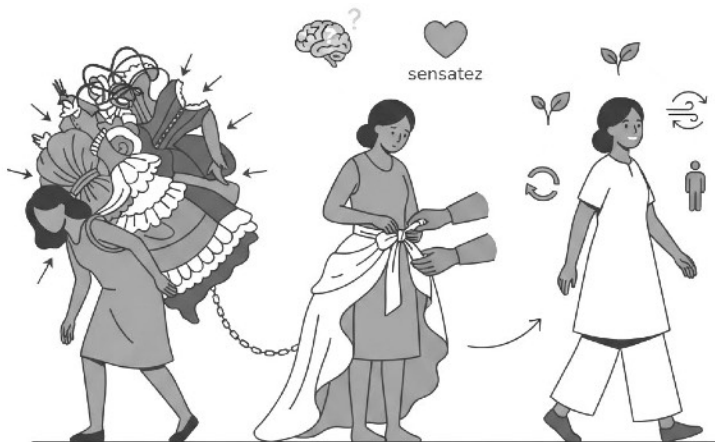
»Como tenía el propósito de visitar a una amiga en Nueva York, la señora modista (una amiga recién llegada de Europa) me aconsejó que me hiciera un traje según la costumbre, y amablemente me dirigió a una nueva modista, la señora Trim, que acababa de abrir un taller en nuestro pueblo. Me vi obligada a demorar el viaje quince días, pues los innumerables volantes requerían mucho tiempo.

Cuando me enviaron la cuenta, el corazón se me desfalleció, porque, para pagarla, tuve que gastar casi toda mi asignación trimestral y privarme del placer que me había prometido de comprar en Nueva York regalos para mis hermanos y

hermanas. El domingo antes de salir de casa, me puse el vestido nuevo y fui a la iglesia. Como siempre me había presentado con un traje sencillo, debí de ofrecer un aspecto ridículo, pues los muchachos del lugar me usaron como piedra de afilar en la que aguzar su ingenio. Al acercarnos a la escuela, salieron corriendo de la escuela dominical; uno gritaba: “¡Humpty Dumpty!”; otro: “¡Chusma y gentuza!”.

Uno me preguntó si me había escapado de la casa de fieras donde se exhibían dromedarios y cebras; y Tom Smith cantaba en voz baja, por temor a su maestro, “Ya vienen los Campbell”, con un mundo de picardía en la mirada.

»Cuando regresé, mi primo me preguntó por qué escogía un domingo tranquilo para andar en tal bullicio; qué animal estaba más acostumbrado a llevar alforjas, y por qué había de irme de juerga. La abuelita ni siquiera sonrió ante su vulgaridad, sino que dijo con gravedad: “Mi querida Silicia, ¿por qué han de seguir las mujeres costumbres



ESCLAVITUD
DE LA MODA

REFLEXIÓN

LIBERTAD Y
REFORMA

costosas, absurdas y malsanas? Un vestido requiere hoy el doble de tela y más del doble de tiempo para hacerse que cuando yo era joven. Los tacones pequeños y altos entorpecen el movimiento, perjudican el porte de la persona y a menudo deforman los pies. La curvatura que da al cuerpo la extremada amplitud de la falda por detrás es muy poco airosa. No hay belleza en el estilo actual, y, dejando aparte lo desgarrado del diseño, uno supondría que el aprisionamiento de los miembros y el peso agobiante del vestido sobre una parte del cuerpo tan delicada como la columna vertebral bastarían para apartar a las mujeres de semejante necedad”. La abuela es algo johnsoniana. Sacó de su escritorio un papel, diciendo: “Mientras tú escuchabas un sermón, del que me privó una indisposición, yo he estado escribiendo uno que, querida mía, me lo ha sugerido tu aspecto”. Este no lo suscribiré, pues me sentí muy mortificada, sobre todo cuando ella tocó la campanilla para llamar a Betty y le dijo que barriera el polvo: “Mira tu cola, Silicia; has traído a casa más suciedad de la que he visto en meses”. Me retiré a sacudir mis faldas, aliviar mis pies y ponerme cómoda. Mi vestido viejo me pareció, en comparación, del todo encantador. Cuando bajé a comer, mi querida y anciana parienta miró con compasión mis ojos hinchados y dijo: “No estés triste, querida; no tienes la culpa de desear ir a la moda, pero creo que reconocerás el inconveniente de irse a los extremos”. Luego, sacando su bolso (que fue mucho más bienvenido que su sermón), me dio el importe del vestido y me aconsejó que, al terminar mi visita, se lo dejara a la doncella francesa de mi prima en Nueva

York. Le di un beso cariñoso y le dije que escribiría un breve relato de mi aventura y se lo dejaría para que ella le diera forma para su revista. Tenga la bondad de publicarlo.

»Su amiga y lectora, Silicia Marsh.

»P. D.: Al hallar a mi regreso que esto no se había enviado, añadiré que mi vestido no se consideró en absoluto elegante en Nueva York, y que hacía tan mal papel junto a los vestidos franceses de mi prima que me dio vergüenza ofrecérselo a su doncella. Mientras estuve allí, oí citar continuamente a la exemperatriz y al modisto Worth. ¿Diría ahora Pope:

»“Worth hace al hombre”?».

(Continuará en el próximo número)

Nota del editor

La carta de Silicia Marsh contiene varios juegos de palabras en inglés que no pueden conservarse en la traducción:

Bullicio (bustle): en inglés, *bustle* significa a la vez «bullicio» y «polisón», el armazón que abultaba la falda por detrás. El primo se burla del vestido preguntando por qué escogía un domingo tranquilo para andar con tanto «bustle».

Alforjas (paniers): la palabra designaba tanto el miriñaque, que ahuecaba la falda sobre las caderas, como las alforjas o serones que cargan las bestias; de ahí la pregunta sobre «qué animal» estaba acostumbrado a llevarlos.

Irse de juerga (go on a bender): la expresión significa «irse de juerga», pero *bender* sugiere también la figura encorvada que la moda daba al cuerpo.

Worth: Charles Frederick Worth era el modisto más famoso de París. La pregunta parodia el verso de Alexander Pope «Worth makes the man» («el mérito hace al hombre»), pues *worth* significa «mérito» y a la vez es el apellido del modisto.

*El Pacto del matrimonio***UN PEDACITO DE CIELO EN LA
TIERRA***John García*

Estamos muy contentos de este momento, porque nos hemos concertado para celebrar un momento muy especial, y ese momento especial es pedir la bendición para dos parejas que quieren continuar unidas, pero ahora bajo el señorío de Dios y de Cristo, y pedir también las bendiciones de lo alto para esta etapa de su vida.

Ellos han decidido, como ya hemos dicho, pedir a Dios delante de los testigos, de sus amigos y de todo el universo, que sea Dios quien dirija sus vidas y su relación. Y esto lo que nos recuerda básicamente es el comienzo de esta institución que es el matrimonio, que nos lleva a los orígenes, al Edén.

En el principio: hueso de mis huesos

En Génesis capítulo 2, Dios creó todo, y el sexto día creó al hombre. Pocas horas después creó a la mujer, la trajo al hombre. Y cuando el hombre vio a la mujer, dijo estas palabras: «Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne: esta será llamada varona, porque del varón fue tomada» (Génesis 2:23).

Hace referencia justamente a que la mujer fue creada a partir de una costilla del hombre. Como decíamos estos días que

estábamos repasando esto, para enseñar Dios que la mujer es igual al hombre, que el hombre es igual a la mujer, no tomó un hueso del pie para que se sintiese menor, ni tomó un hueso de la cabeza para que ella pensase que es mayor, sino del costado: igualdad.

Y eso fue lo que Adán vio cuando la vio. Dijo: «Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne: esta será llamada varona». Porque ya él se llamaba varón. Y dijo estas palabras, que podríamos entender que fueron el voto matrimonial que hizo Adán ante Dios: «Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y allegarse ha a su mujer, y serán una sola carne» (Génesis 2:24).

Desde ese momento en adelante quedó instituido el matrimonio, esa unión sagrada del varón y la varona, como dice la Escritura. Y el Señor les dio el mandamiento, les dijo: fructificad, multiplicaos en la tierra, disfruten la tierra, sojúzguenla, manténganla bajo su dominio, porque ese fue el propósito de Dios.

Cómo el pecado deformó el matrimonio

Sin embargo, en las historias bíblicas que muchos han escuchado, vemos que luego,

dentro del pecado, se deformó entonces esa relación que Dios estableció. Y ya después muchos hombres que se apartaron de Dios, vemos en la Escritura, por ejemplo, deformaron eso, y ya no era algo sagrado, sino que se unían, se separaban, se unían con otras personas. Había, como dice la Escritura, quienes se casaban y se daban en casamiento. Eso pasó antes del diluvio. Y luego vino otra ocasión donde hubo otra deformación, que fue la famosa y conocida historia de Sodoma, donde ya no solamente no se casaban, sino que había relaciones contra naturaleza.

Jesús mismo dijo cuando vino que el mundo, justo antes de su segunda venida, estaría en esas condiciones, como en los días de Noé y como en los días de Sodoma. Y eso es lo que estamos viendo hoy día. Eso es lo que en general domina la mayoría de las relaciones; domina ese espíritu.

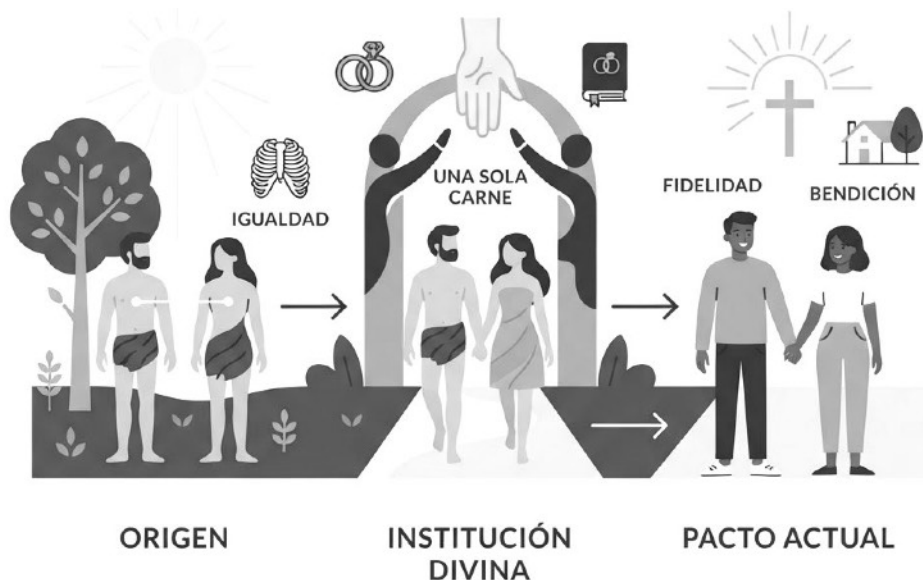
Pero damos gloria a Dios porque hay quienes han decidido no vivir conforme a esas ideologías del mundo, sino como Dios estableció desde el principio: hacer ese pacto como Dios estableció.

Sujetados los unos a los otros

Y solo quería recordar un pasaje donde el apóstol Pablo desarrolló con más detalle las responsabilidades que implica ese pacto de matrimonio ante Dios. Y eso está en el libro de Efesios, en el capítulo 5, una carta que escribió el apóstol a una iglesia que se encontraba en Asia, en Éfeso, y les dijo, entre las muchas cosas, lo que era el deber y las responsabilidades del matrimonio.

Y comienza esta sección diciendo:

«Sujetados los unos a los otros en el temor de Dios» (Efesios 5:21). ¿Por qué? Porque son dos. Y para que pueda haber paz, para que pueda haber un proyecto, para que en verdad la mujer sea la ayuda idónea del



hombre y el hombre sea el compañero de la mujer, tiene que haber esta sujeción juntos; obviamente, no en forma obligada, sino voluntaria, por amor.

Y dijo entonces, después que mencionó la sujeción de ambos: «Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia; y él es el que da la salud al cuerpo. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo» (Efesios 5:22-24). Comienza el apóstol diciéndoles, pues, a las esposas su responsabilidad: estar sujetas a sus maridos.

Maridos, amad a vuestras mujeres

Y seguramente que ya hemos escuchado estas expresiones muchas veces. Lo que poco se escucha es lo que sigue inmediatamente después, porque a veces la gente, cuando lee las Escrituras, no las lee todas. Así como se lo dijo a la mujer, se lo dijo al hombre. Le dijo inmediatamente después: «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella» (Efesios 5:25).

Entonces, ahí está la explicación. Las casadas deben sujetarse a sus maridos en tanto que sus maridos las amen como Cristo amó a la iglesia. Y cuando se refiere a la iglesia, se refiere a todos nosotros, porque en realidad Cristo murió por todos nosotros, dio su vida. Entonces el marido tiene que ser como Cristo: dar su vida.

Esposo: desde este momento en adelante, la prioridad de tu vida debe ser tu esposa. Deben amar a sus esposas, y el mejor modelo, dice el apóstol, es como Cristo. Esto no lo dije el sábado cuando lo estudiamos, pero lo voy a decir ahora: para que eso sea una realidad, no solo hoy tienen que comprometerse ante todos, sino que cada día deben buscar a Cristo para que Cristo more en ustedes y ustedes puedan ser la cabeza que ellas necesitan.

Y lo mismo, esposa: sujétate a tu marido en tanto que él sea como Cristo. Si hacen eso, el éxito y la felicidad están garantizados. ¿Por qué? Porque Dios va a estar presente. Dios va a estar allí presente dándole poder a cada uno para que cumplan su rol y su función.

Como a sus mismos cuerpos

Es más, continúa el apóstol y dice: «Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos» (Efesios 5:28). O sea, imagínense: una parte de sí. Es más, no es una imaginación, es una realidad, porque ya lo leímos: es hueso de mis huesos, carne de mi carne, es su propio cuerpo. Y por eso dice que hay que tratarlas de esa manera. Es más, dice: «Porque ninguno aborreció jamás a su propia carne, antes la sustenta y regala, como también Cristo a la iglesia» (Efesios 5:29).

Entonces, estos son, en rasgos generales y en esencia, en lo más fundamental del principio, el compromiso, el pacto que asumen, que obviamente se supone que no es obligado, porque ya hay amor. No es que en este momento se decreta el amor y a partir de ahora surge el amor, no; ya el amor

existe, y el amor es el que los ha traído aquí. Y el amor a Dios es lo que los ha traído a hacer esta ceremonia ante Dios, ante el universo y ante los familiares y amistades.

Por eso es que es necesario que Cristo esté presente. ¿Por qué? Ya lo hemos dicho, ya lo sabemos, lo recordamos: porque nosotros, en nuestra carne, a causa del pecado, tenemos la tendencia, tanto el hombre como la mujer, a ir en contra de esto que Dios ha establecido. Y va a haber muchas tentaciones, pero también la palabra dice que en Cristo, ¿qué somos? Más que vencedores. Por tanto, en Cristo sus hogares pueden ser y serán una bendición.

Conclusión

Hay una autora que dice una frase muy hermosa, que me encanta a mí, cuando define el matrimonio y el hogar. Dice que el hogar es un pedacito de cielo aquí en la tierra. Y eso es lo que tienen ustedes que trabajar todos los días: que sus hogares sean un pedazo de cielo, un anticipo de lo que vendrá cuando venga el Señor y acabe con la maldad del mundo y establezca el reino en la tierra. Ustedes pueden

convertir esa esperanza futura en una realidad diaria si están, como dijimos, como lo dice la palabra, en Cristo.



EN CRISTO



MUTUO AMOR



PEDACITO DE CIELO

*Crónica***BAUTISMOS EN TORRELAVEGA***John García***Crónica**

Cinco nuevos miembros se unieron a la iglesia en Torrelavega en una ceremonia bautismal oficiada por el hermano John García. Luis Soto, Kenny Díaz, María Díaz, Xiomara Gómez y Ruth Martínez descendieron a las aguas para testificar públicamente de su fe en la muerte y resurrección de Cristo.

La ceremonia, que cerró una jornada de actividades, comenzó con una breve exhortación del hermano García sobre el significado del bautismo, apoyada en Marcos 16:16 y en la entrevista de Jesús con Nicodemo. Recordó además que algunos de los candidatos ya habían celebrado su ceremonia de boda y que ahora querían comenzar también una nueva vida como cristianos.

A continuación, los candidatos respondieron uno a uno a los dieciséis votos bautismales, en los que se resume la fe que profesan, levantando la mano y diciendo «Amén» como testimonio ante los presentes. Entre los asistentes había amigos y familiares que no son miembros de la iglesia. El oficiante les preguntó si estaban de acuerdo con lo que los candidatos habían confesado, y ellos respondieron: «Sí, estamos de acuerdo». «Con el testimonio de ustedes, con el

testimonio de las visitas y con el mandato del Señor», dijo el hermano García, se procedió a los bautismos.

Los hombres fueron bautizados primero. El agua estaba fría, y entre bautismo y bautismo no faltaron las risas ni los ánimos de los hermanos. También había quienes presenciaban el rito desde el otro lado del agua. Cada bautismo fue acompañado de un canto: «Padre amado» antes del bautismo de Luis Soto; «Vendré otra vez» («Mira hacia el calvario, a la cruz donde morí...») antes del de Kenny Díaz; «Salvador, a ti me rindo», escogido por María Díaz; el himno 241 («Perdón te ruego, mi Señor y Dios»), escogido por Xiomara Gómez; y el himno 143, «Digno eres tú», escogido por Ruth Martínez, de quien el oficiante destacó que «ha venido de lejos» y que había comenzado una nueva vida no solo como familia cristiana, sino también en Cristo Jesús.

Para cada uno se repitió la misma fórmula: «Conforme a tu fe, a tu testimonio y al mandato de nuestro Señor Jesucristo, eres bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo para perdón de tus pecados y para una nueva vida en Cristo Jesús».

La ceremonia concluyó con una exhortación basada en el encuentro de Felipe con el etíope y con una oración de agradecimiento, en la que se pidió que el Espíritu Santo descendiera sobre los recién bautizados y una bendición para los amigos y familiares presentes. Al final, los asistentes felicitaron y abrazaron a los «recién nacidos en Jesús».

Los votos bautismales

¿Aceptan ustedes la Biblia como la única regla de fe y práctica?

¿Se comprometen a estudiar la Biblia cada día para aprender las verdades y practicarlas en su vida diaria?

¿Entienden la doctrina como la ha enseñado la Iglesia Adventista del Séptimo Día Pionera? ¿Creen en esas doctrinas como se las enseñaron?

¿Han confesado ustedes sus pecados a Dios en tanto que Dios se los ha mostrado? ¿Han hecho su parte en arrepentirse y abandonarlos, y se comprometen a intentar hacer lo justo ante Dios y ante los hombres?

¿Han reclamado por fe en Cristo que Dios, por amor a Cristo, perdone sus pecados?

¿Reconocen que así como Dios reclama la séptima parte de nuestro tiempo como suyo, el séptimo día, el sábado, también reclama un décimo de todas nuestras entradas como suyas para el sustento de la obra y el avance del evangelio, y se comprometen a devolverle a Dios lo que es suyo, que es el diezmo?

¿Se someten ustedes a la iglesia como cuerpo, bajo el entendido de que la iglesia es dos o tres que se congregan en el nombre de Cristo, y están dispuestos a someterse a

esa iglesia en asuntos de disciplina para mantener la sanidad de la fe y la doctrina?

¿Se comprometen también a contribuir, como Dios les prospere, con sus ofrendas para el sustento de la causa del Señor?

¿Buscarán edificar los intereses de la iglesia, de la congregación, de Cristo, asistiendo a sus reuniones y a sus ordenanzas, y añadiendo su influencia en la predicación del evangelio para que otros también conozcan este mensaje como ustedes lo han conocido?

¿Entienden los principios de temperancia cristiana como se enseñan, y los llevarán a cabo absteniéndose totalmente del uso del licor, del tabaco en cualquiera de sus formas, del café, del té y de la carne de cerdo, y seguirán estudiando este tema para practicarlo en su vida?

En el asunto de la vestimenta, ¿seguirán las reglas bíblicas de la simplicidad, de la sencillez en el vestido y de la ostentación?

¿Creen en la doctrina de los dones espirituales y entienden la naturaleza del don profético que se ha manifestado en este último tiempo, como lo señala la profecía de Apocalipsis 12:17 y 19:10?

¿Admiten los diez mandamientos que fueron hablados en el Sinaí como todavía vigentes y obligatorios, y por la gracia de Dios se comprometen a cumplir esos diez mandamientos, en especial el cuarto mandamiento, que exige la santificación del séptimo día, el sábado, para el Señor?

Por su sumisión a Cristo y su gracia, ¿buscarán crecer en la gracia, así como en el conocimiento de la verdad?

¿Están ustedes en comunión unos con otros, y por el levantamiento de manos se aceptan

mutuamente como miembros de la iglesia de Cristo aquí en Torrelavega?

¿Desean ser bautizados, sumergidos a la semejanza de la muerte de Cristo, para andar en nueva vida en Cristo Jesús?

Exhortaciones del hermano

John Garcia

Nacer de nuevo: el significado del bautismo

«El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado» (Marcos 16:16). Con eso Jesucristo establece claramente la importancia de este rito.

¿Y qué simboliza? ¿Qué significa? Bueno, es un rito que simboliza pasar de una vida en la que hemos nacido todos. Todos hemos nacido, hemos vivido, hemos cometido errores, hemos cometido pecados. Y cuando somos conscientes de ello y nos damos cuenta de que ese camino de error y pecado nos llevará a la muerte eterna, entonces el Señor nos da el arrepentimiento, nos da la fe, la aceptamos y decidimos comenzar una nueva vida.

Hay una entrevista que hizo Jesús con un hombre llamado Nicodemo, donde él le dijo justamente eso: necesitas nacer de nuevo. No se refería a algo literal, sino a este rito, porque este rito simboliza justamente nacer de nuevo. Cuando es sumergida la persona, simboliza que está muriendo, así como Cristo murió por nosotros. Y cuando sale del agua simboliza la resurrección a una nueva vida, así como Jesús, después de morir, resucitó y subió a los cielos.

Entonces, él estableció ese rito justamente para mostrarnos el camino y para que nosotros testificáramos de nuestra fe, de que también creemos en la muerte y resurrección de Cristo como única forma de salir de nuestra maldad, de nuestros problemas. Y evidentemente los que hoy están aquí tienen esa fe y quieren hacer ese rito. Y como ya lo hicieron en la ceremonia de la boda, también quieren comenzar no solamente una nueva vida como esposos, sino también una nueva vida como cristianos, junto con Cristo.

«¿Qué impide que yo sea bautizado?»

Antes de la oración, vamos a repetir las palabras de un etíope que caminaba con un misionero, un diácono de la iglesia cristiana llamado Felipe. El etíope estaba conociendo el evangelio, estaba comenzando a estudiar. Iban de camino, y en el camino se encontraron con agua, y él le pregunta: «He aquí agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?» (Hechos 8:36).

Y solamente quiero que se lleven esta palabra en la mente. Aquí hay bastante agua. ¿Qué impide que ustedes también sean bautizados y disfruten de la salvación? No para que lo hagan ahora mismo, sino para que piensen qué es lo que puede impedírselo. Y si quieren la vida eterna, solucionen lo que se lo impide y prepárense para que también tengan la salvación.



AntorchaProfetica.site

LA VERDAD PRESENTE

ESTUDIOS BÍBLICOS



¡NUEVO LIBRO!
*Los Estudios Bíblicos de los
Pioneros...*

Ahora en Español

Solicítalo GRATUITAMENTE
al +34.650.86.38.11

